

Marcial no puede pegar ojo de lo nervioso que está. Hacía años que no tenía relaciones íntimas con una mujer, y le temblaban las piernas pensando en que iba a quedar con una tras tantos años de celibato. Incluso se planteaba ir a rezar a la iglesia del Cristo de la Victoria pidiéndole a Dios que obrara un milagro.

El problema era que eso de victoria le sonaba a guerra, no en vano allí se congregaban, por encontrarse cerca de Moncloa, los fachas del barrio. Aquella era la parte regia de la ciudad, donde se encontraba el palacio presidencial, las residencias militares, el ministerio del aire, el águila sobre un enorme pedestal, el edificio circular lleno de cruces dedicado a los caídos en la batalla de Madrid, y frente a éste el arco de la victoria franquista.

Sin duda los derechistas quisieron mostrar su triunfo y lo llevaron a cabo sin escatimar en gastos.

Aunque el palacio de la Moncloa lo habitaba un socialista, no hacía falta ser muy avisado para darse cuenta de que en ese barrio se encontraba fuera de lugar. Precisamente allí, en la cafetería de un edificio llamado Galaxia, se había fraguado el golpe de estado.

Y aunque hacía ya treinta años de aquello, el ambiente continuaba enrarecido. Por entonces los pijos se reunían en los bajos de aquel edificio, no en los de Aurrerá, a donde iba él, sino en los de la manzana contigua.

Recordaba que una vez, por curiosidad, se había acercado hasta allí con unos amigos, colándose entre los ricachones, altos y apuestos ellos, rubias y delgadas ellas. Hacía calor aquella noche, pero él llevaba su chupa de cremalleras, de la que estaba orgulloso por habérsela comprado con el primer sueldo que había ganado.

Por entonces, aunque le costaba creerlo, solía ligar a pesar de su complexión débil. Las chicas le decían que tenía una cara muy graciosa, además de unos bonitos ojos verdes.

Pero las mujeres, ya por aquella época, bebían demasiado, así que se acostaban con uno y al día siguiente ni se acordaban, a menos que les interesara, y no era el caso. Y es que hasta las que iban de liberadas, vestían de negro y secundaban a los que protestaban a través de la música y los gritos desesperados, en el fondo eran tan conservadoras como el resto.

En cuanto descubrían que vivía solo y no tenía el mínimo contacto con su familia, se esfumaban en busca de un mejor partido.

Sin embargo él estaba convencido de ser mil veces mejor que aquellos con los que se casaba la mayoría, su propio padre el primero.

Luego, cuando llegaban los hijos y los pesares, con ese tipo de hombres fornidos, que estaban muy bien para follar, no se podía contar.

Y había que ver la cara de amargadas que se les ponía luego a las pobres, que incluso después de divorciarse tenían que seguir aguantando sus ataques machistas.

Él, que cuando huyó de su casa creía que era en la única que se cocían habas, a lo largo de su vida se había percatado de que ninguna estaba libre de pecado.

No hacía falta más que ver las estadísticas sobre las mujeres que eran maltratadas y asesinadas para hacerse una idea de la magnitud del problema.

Según Mónica, con la que mantenía largas conversaciones sobre temas de ese tipo, se trataba de una guerra civil mundial librada en el seno del capitalismo, que todavía tendería a agravarse más con el paso del tiempo.

Él, que no participaba de esa guerra desde hacía mucho tiempo, para empezar porque en el mercado de la carne humana su cuerpo no tenía ningún valor, tiembla de miedo y a punto está de convertirse en un desertor.